



CERO-PUNTO-UNO **por Antonio Moreno Álvarez**

“Necesitamos viajar al pasado y así tender hacia otro futuro”. Con esta frase abrió su discurso Christine Lans, la jefa del Departamento de Tecnología y Desarrollo, en su presentación a los socios inversores de Annus Libitum; una de las veinticinco compañías repartidas por todo el mundo interesadas en desarrollar una máquina del tiempo. Empresas todas ellas movidas por el ávido deseo de firmar un contrato multimillonario, y en exclusiva, con cada uno de sus respectivos gobiernos.

Todo había comenzado dos décadas antes, en la Facultad de Matemáticas de la Universidad de Etan Sur Mer, donde Jean Sorvuare había desarrollado y publicado la “Teoría del Campo Sometido”, según la cual -sobre el papel- se podía construir una máquina que transportara una pequeña masa al pasado o al futuro.

Las bases de dicha teoría eran como mínimo áridas y complejas, el planteamiento no recurría a las conjeturas literarias de plegamientos espacio-temporales, ni a los sesudos cálculos de manipulación de gravitones, ni al uso del horizonte de eventos en misteriosos agujeros negros. No, las hipótesis incluían -de forma muy artística, todo hay que decirlo- el teorema del valor intermedio de derivadas, las integrales de Lebesgue aplicadas de un modo inusual y las propiedades de los conjuntos de medida cero. En resumen, sobre el papel se planteaba un sistema de convertir la materia en energía fotónica a través de un “campo sometido” y su posterior reconversión en materia, de este modo se evitaban las engorrosas trabas cuánticas de masa infinita y espacio cero a velocidades lumínicas; dicho de otro modo, se convertía la partícula en onda pura y la onda pura en partícula sin perder la dualidad onda-partícula. Absurdo, irracional e incomprensible pero en Física había cosas mucho más increíbles pero no menos ciertas, como el efecto túnel, o la teoría del Caos aplicada a la entropía, sin ir más lejos.

Por supuesto, tras la publicación en la afamada revista “Aristos2” de dichas teorías matemáticas, los físicos del planeta estuvieron divididos en dos bandos radicalmente enfrentados; pero el grupo de científicos a favor de la teoría y del desarrollo de un ingenio que permitiera el viaje en el tiempo estaba mejor situado políticamente hablando. Convencer a los políticos había llevado mucho tiempo debido a que las explicaciones eran, como mínimo, conceptualmente complicadas. La masa convertida en onda pura ocuparía un espacio igual a cero y su tiempo se volvería negativo en relación directa con la energía suministrada, la duración de la energización y el tiempo previo en el eje referencial de la masa seleccionada. Trasladar un objeto de cien gramos una hora al pasado usaría la energía de una central nuclear a máximo rendimiento durante una semana, para masas mayores el factor sería



exponencialmente descomunal. Así, era posible trasladar a un distante pasado una masa pequeña, pero energéticamente inviable trasladar una persona un día atrás. Se calculó que para trasladar cien años en el pasado un objeto de unos 250 gramos sería necesaria la energía concentrada de cuatro reactores de fusión trabajando en paralelo.

Los gobiernos ofrecieron supervisar -controlar- el posible desarrollo de una maquinaria de estas características que pudiera funcionar como máquina del tiempo; no querían dejar en manos de cualquiera la posibilidad de enviar objetos atrás y adelante en la flecha del tiempo y "joderlo todo", como dijo al término de su intervención el presidente italiano Giorgio Napolitano en la reunión especial del estado de la Unión Europea aquel 4 de mayo de 2011.

La carrera a ciegas para construir, en un tiempo récord, una máquina que funcionara bajo esos principios físicos comenzó un 12 de agosto de 2011, veinte años después aún no se habían superado todos los escollos teóricos, estructurales, de diseño, de materiales, energéticos... con los que se habían encontrado las diferentes empresas que estaban gastando miles de millones en la construcción de una máquina que podría revolucionar el tejido de la sociedad, de la propia realidad.

Una de las empresas, que trabajaba en el diseño y construcción de uno de los seis "aleros cuánticos" que llevaba el prototipo europeo, estaba situada en las antiguas instalaciones de desarrollo aeronáutico de Robledo del Cañal en Jaén. Allí, el físico teórico Álvaro De la Rosa seguía repasando -como cada noche- el modelo original del Jefe Técnico Hans Krüger, un diseño hecho en la sede central de A.L. en Berlín hacía quince años. Algo no le cuadraba, aunque el desarrollo matemático realizado por el equipo francés de Jean Sorvuaré era impecable, algo no encajaba, pero seguía sin saber qué.

-¿Más café, Álvaro? -dijo la cantarina voz de Marta, la secretaria de Álvaro, asomando la cabeza por la puerta entreabierta del despacho de su jefe.

-¿Qué hora es? -preguntó el barbudo doctor en ciencias como si despertara de un profundo sueño.

-Las dos y cuarto y pareces más cansado que ayer... -respondió Marta en tono algo maternal.

-Ya, ya nos vamos, Marta, es que... ya sabes... -añadió estirando los brazos con parsimonia mientras miraba el vestido crema con lazos azules que llevaba Marta- ¿es nuevo?

-¿Este? De las rebajas de Londres, ¿te gusta?

-Mucho, te queda muy... bien... -no quería dejar que sus sentimientos se convirtieran en palabras, así que terminó la frase en tono neutro-, ¿qué tal os va la vida de triada? -al final acabó delatándose a los ojos de la sagaz Marta.

-Bien, muy bien, sólo llevamos seis meses, pero... nos va muy bien.



Álvaro asintió con una sonrisa, más para contener sus expresiones faciales que por alegría real.

-Te invito a un café... -dijo mientras guardaba en el maletín de seguridad el proyecto secreto de la compañía.

-Es muy tarde y estoy cansada, mañana te invito yo... ¿vale?

Mientras ella se despedía y cerraba la puerta tras de sí, Álvaro suspiró y se quedó mirando un punto indeterminado, sus pensamientos vagaban en desorden por entre la lista de la compra, fantaseando con la belleza tanto interior como exterior de Marta, intentando recordar desde cuándo eran normales las tríadas, sin poder quitarse la sensación -por mucho que dijeran los libros de Historia- que habían sobrevenido casi de la noche a la mañana, retomando en desordenado hilo mental la cuestión de si sería posible que las integrales de Chomski-Levar tendieran a cero según las ecuaciones de Sorvuaré, si alguna vez terminarían la maldita máquina o serían sus bisnietos quienes la podrían ver terminada...

Christine Lans era una ferviente defensora del *cero-punto-uno*, una de las variadas formas "grupales" de la sociedad del 2103, la persona cero-punto-uno era la que vivía sola por elección, ni en pareja, ni en tríada, Christine, como tantos y tantas otras personas repartidas por el mundo, vivía su sexualidad a solas. Esa noche tenía más papeleo del que le hubiera gustado ver encima de su mesa, más del que era humanamente posible despachar, le dolía la cabeza y no podía quitarse de encima la sensación de que no había sido tan buena idea el descubrir cómo construir una máquina del tiempo. Su despacho en la sede central de A.L. en La Haya, estaba sumido en la penumbra, sólo rota por la luz líquida que bañaba la zona de su mesa de trabajo. Antes de firmar el "Informe sobre dureza de los actínidos en condiciones de tensión en desplazamiento cuántico", se quitó las gafas, volvió a mirar el reloj y la montaña de papeles, y maldijo al iluminado que había dicho que con la informática no habría papeleo, la gente del siglo pasado era estúpida, pensó ácidamente. Un rojo punto parpadeante en la superficie de la mesa le indicaba que había una llamada entrante, la identificación de seguridad mostraba que se trataba de John Polter, suspiró esperando que se tratara de algo importante y no de una de las gilipolleces con las que solía hacer interminables memorándums, reuniones y llamadas a horas extrañísimas.

-Sí, dime, John, ¿qué pasa? -contestó en el tono más monocorde que podía usar, mirando la cara de John proyectada en su mesa.

-Christine, no te lo vas a creer, la gente de P.A.T. parece que hace una semana hizo una prueba secreta de su máquina...

-¿Qué? ¿Quieres decir que esos "comepizzas" ya tienen un cacharro mínimamente operativo?



-Mis fuentes son buenas... tengo allí a un par de los nuestros... -añadió en un tono de espía de novela barata.

-Vale... ¿qué quiere decir que hicieron una prueba exactamente?

-Pues una prueba, que han enviado algo fuera del presente...

-John, todos han hecho pruebas -respondió algo cansada-, nosotros aún no, pero... porque nos lo planteamos de diferente...

-Christine, mañana a primera hora me gustaría...

-Una reunión al más alto nivel... -interrumpió ella-. ¿A las ocho te parece bien?

-Curso la petición ahora mismo -dijo John mientras la imagen desaparecía de la mesa de Christine.

John no recordaba si la reunión tuvo lugar ayer, hacía una semana o un año antes, "no, tanto tiempo no debía haber pasado", se repetía machaconamente; el caso es que no conseguía poner en orden la cronología de la reunión, tampoco recordaba si Christine, Max o Álvaro habían asistido, no recordaba bien los detalles; para colmo, no estaba seguro de haber soñado si él estuvo allí en persona o era sólo lo que leyó en el informe final. Le ardía la cabeza, parecía que le iba a estallar y volvió a consultar su *medlab* casero, nada parecía fuera de lo normal ni en su cuerpo ni en su mente.

Volvió a acostarse, ajustando la temperatura de la casa un par de grados menos, y se quedó mirando al techo mientras repasaba mentalmente una vez más la reunión. Sin prisa pero sin pausa, con la mirada fija, se puso un pantalón corto, una de sus camisetas de papel y, con los pies descalzos, se dirigió a una de las paredes del salón.

-Llamada. Multi. A Christine, Max y Álvaro. Confirmación de seguridad 7-JG. Orden voz mía, Kalípolis.

Al poco, la pared fotosensible se iluminó como lo haría un gran monitor audiovisual mostrando las caras dormidas de Max y Álvaro en la cama, Christine estaba en su despacho.

-Tenéis que contarme cómo fue la reunión.

-¿Qué reunión, John? -balbuceó dormido Álvaro.

-Por todos los demonios, ¿qué hora es? -maldijo con fuerte acento alemán el pelirrojo Jefe de Calidad de Annus Libitum.

-¿Y ahora qué, John... qué pasa? -preguntó atónita Christine, pillada entre una de sus famosas pilas de papeles.

-Contadme cómo fue la reunión de ayer...

-Tío, aquí son las cuatro de la mañana... -contestó un malhumorado Max, mientras apagaba el comunicador desde su lado, haciendo que su imagen desapareciera.

-John, ¿de qué hablas? ¿Qué reunión? -Álvaro no conseguía despertarse y se le notaba.



-Es mañana, John, mañana, mierda, John, mañana a las ocho... tú mismo la has convocado -vomitó Christine presa de la tensión acumulada en otros despachos y liberada y dirigida ahora hacia John.

-Si no quieres nada más... estoy muerto de sueño, mañana nos vemos... -dijo Álvaro mientras desconectaba su imagen.

-Mañana -rumió entre dientes John, ajeno a todo.

Max volvió a dar un puñetazo en la mesa de la coqueta cafetería situada en la Calle Damelux -antiguamente Rue Royale-, un conocido café estilo *art nouveau* donde seguían sirviendo una de las mejores cervezas especiadas de Europa. Christine miraba a través de los amplios ventanales donde un *limpiador* barría la calle, la mojaba, aspiraba y secaba por donde iba pasando. Sus luces amarillas y rojas parpadeaban en silencio y sólo un ligero zumbido de aviso hacía que la gente reparara y se apartara de esos robots de color azul y gris de dos metros de altura, rechonchos, con brazos y tubos erizando todo el cuerpo... Otro puñetazo de Max la sacó de su forzada distracción. Álvaro, con el gesto serio, pretendía no morderse las uñas pero las acercaba a la boca en extraño tic de ahora sí, ahora no. John discutía acaloradamente con alguien a través de su *privisi*. Miraba la imagen proyectada y hablaba en tono quedo, apenas se podía oír lo que estaba diciendo, pero tenía el rostro encendido en una mezcla de ira, rabia e impotencia.

-Déjalo ya, Max, mañana solicitaremos audiencia con el Ministro... -dijo Christine sin mucha convicción y en tono extremadamente bajo en comparación con los gritos de Max, pero milagrosamente su tono quedo surtió efecto. Max se calló.

Los tres se miraron en silencio mientras, involuntariamente, escuchaban algunos retazos de la conversación que mantenía John a través de su *privisi*. "Simplemente intolerable..." "Dimisión inminente..." Y así seguía su charla, que incluía unos cuantos "hablaré con..." y varias docenas de "me van a oír".

-Yo sólo digo que es simplemente extraño, muy extraño... además, me parece muy misterioso... -ya calmado, Max afirmaba golpeando con el dedo sobre la mesa intentando reforzar lo que decía. Cuando vio pasar a la guapa camarera, su mente saltó a otro tema y le hizo un gesto cómplice pidiéndole otra cerveza especiada.

-Bueno, pensemos que debe haber algún motivo de suficiente peso para que nos dejen fuera... -dijo Álvaro lanzando un corto suspiro.

-¡Y una mierda! -volvió a arrancar con renovadas fuerzas Max, como si le hubieran tocado un resorte en alguna parte del hipotálamo, dando otro nuevo puñetazo en la mesa y haciendo bailar la taza de café turco de Christine, la *dobletónica* de John y las cervezas especiadas de Álvaro y del propio Max.



-Bueno, todo arreglado, esta noche tengo una reunión con Miller y Popesku... -dijo en tono animado John, mientras agachaba un poco la cabeza para hablar secretamente con los tres-. Parece ser que el gobierno tiene miedo, y que hace unos cinco años montó a nuestras espaldas esa especie de "comisión secreta", digamos de duplicados nuestros pero con funcionarios gubernamentales, joder, pero si tienen hasta un maldito gabinete entero de Calidad, cincuenta personas sólo en Calidad. Max, ¿tú cuántas tienes? -soltó a bocajarro mirando fijamente los ojos verdosos del pelirrojo.

-Siete, incluido yo -acertó a balbucear un desconcertado Max.

-Ahí lo tienes -dándose por satisfecho, como si todo estuviera ante sus ojos cristalinamente claro.

-A ver, calma, John, despacio, un concepto tras otro, una idea tras otra -pidió Álvaro agitando las manos delante de la cara como si estuviera espantando moscas ficticias.

-¿Dónde diablos está esa camarera con las cervezas? -gruñó entre dientes Max, buscando con la mirada a la chica que había tomado nota del pedido.

Álvaro estaba extenuado, había pasado todo el día en La Haya y la escolta acababa de dejarlo en la puerta de su casa. Maquinalmente miró su reloj. Las doce y cuarenta... Dejó la cartera sobre el sillón del pasillo mientras miraba cómo el segundero avanzaba lentamente, segundo tras segundo. Cerró los ojos, y comenzó a desvestirse camino del cuarto de baño. En la ducha de vapor, envuelto en microgotas de agua templada que lo abrigaban cálidamente en una fina bruma de agua, seguía mentalmente escuchando la historia de John. El consorcio GZK-Brainchild & Sons Inc. de la Confederación Americana del Norte había enviado la semana anterior un objeto al pasado y lo había traído de vuelta a nuestro espacio-tiempo. Habían enviado un reloj un año atrás en el tiempo y además lo habían desplazado espacialmente unos cien metros... a la Central de Seguridad que rodea los laboratorios. Tras traer el objeto de regreso al cabo de seis horas, sólo tuvieron que comprobar la lista de incidencias de Seguridad del año pasado. Allí estaba anotado, un reloj había sido encontrado en la sala de descanso de los vigilantes de seguridad, hora del hallazgo, marca del reloj y nota extra de objeto perdido en el tablón de anuncios del laboratorio... Cuando el Jefe de Seguridad, rodeado del amplio grupo de científicos y ejecutivos, fue a buscarlo al casillero de objetos perdidos clasificados por el Departamento de Seguridad, el sobre correctamente etiquetado y con el cierre magnético intacto estaba vacío.

Álvaro seguía teniendo esa extraña sensación de que algo no iba bien, no les habían dejado asistir a la reunión del Consejo de Seguridad de la Unión Europea y habían sido reemplazados por otros científicos. En ese momento oyó que alguien entraba en el baño saludando con su habitual "¡Hola,



cariño!", su esposa Marta. Álvaro asomó la cabeza por entre la mampara protectora de la ducha y allí estaba ella, con el vestido crema con lazos azules que había comprado la semana pasada en las rebajas londinenses.

Jean Sorvuaré estaba más que harto de las continuas llamadas para entrevistas, por eso su secretaria tenía órdenes estrictas al respecto, nada de entrevistas para nadie. Acababa de ser abuelo y sólo quería ver a su nietecita y a su hija, Sylvie; no quería saber nada del mundo mediático y más de una vez había maldecido por lo bajo haber desarrollado la maldita teoría. Siempre había pensado que podría haber sido cualquier otro matemático del mundo el que, antes o después, cayera en la cuenta del desarrollo de las integrales de Riemann para funciones superiores sin tener que aplicar el teorema de Fubini, aunque llegar hasta el sumatorio donde el superior fuera menor que el ínfimo habría sido una pirueta algo más compleja que... Interrumpió sus pensamientos cuando su coche desconectó el motor y abrió la puerta lateral. Miró a su alrededor y vio la fachada de la casa de su hija y a uno de los maridos de Sylvie entre los rosales del jardín de la entrada, levantando el brazo a modo de saludo mientras se quitaba los guantes de jardinería. "¿Desde cuándo Sylvie está casada en triada?" Apartó esa idea, saliendo del vehículo y abrazando a Philippe. Los dos subieron las cortas escaleras del porche de piedra de pizarra, y al abrir la puerta se oyó el sonoro llanto de un bebé con hambre. "Tiene los mismos pulmones que su madre", se dijo mientras Philippe cerraba la puerta tras de sí.

En el salón había una joven rubia, con el pelo muy corto y un vestido blanco largo que le llegaba hasta los descalzos pies, tenía al bebé en brazos y agitaba el biberón queriendo diluir su contenido.

-Hola, papi, ¿te han seguido hoy?

-No, hija, no, hoy he salido por las cocinas de la facultad... Marie me da muchos recuerdos para ti -contestó maquinalmente mientras le daba los tres besos de rigor a su hija.

-¿Cómo está mi campeona? -dijo Jean alargando los brazos para coger al bebé.

-Espera que le dé de comer, papi, luego te lo llevas a dormir -respondió mientras acercaba el biberón a los labios del bebé, quien, automáticamente se había callado.

-¿Desde cuándo usas camisas de flores? -dijo Sylvie sentándose con su hija en brazos y el biberón ya en la boca de la niña.

-Desde siempre, vaya pregunta, desde que tu madre compró un saldo de veinte camisas hawaianas en el centro comercial Torre Aloha, ¿no te acuerdas?

-No, papi, pero tengo muy mala memoria, ya lo sabes.



Christine Lans llegó a su casa y lo primero que hizo fue revisar los informes de la competencia. Siempre había dejado que John se encargara de esas “cosas de espías” como ella burlescamente las llamaba. Ahora tenía un terrible dolor de cabeza y eso, sumado al viaje relámpago en turbojet desde La Haya, no le había sentado demasiado bien. Pensaba que tenía “algo” en la cabeza, no una idea concreta, ni una sensación, era “algo”, que le producía la misma sensación de una resaca, y ya hacía años que no bebía tanto. Se sirvió una *ginbirra* y se dejó caer en su sillón favorito. Pidió el informe de Seguridad del año pasado. Allí estaba todo el farragoso mundo del espionaje y el contraespionaje industrial en forma de formularios e informes. Dos empresas chinas, la Lin Yan Inc. y la Dragón Blanco Ltd. habían hecho pruebas con pequeñas masas, tres intentos fallidos donde los objetos simplemente se habían perdido en ninguna parte. La Confederación Rusa había tenido más éxito y sólo había sufrido un par de explosiones del láser de fusión antes de que la Bovaska Unión Temporal hubiera enviado un sello del presidente Pavlovski a cinco minutos en el pasado. Eso sí, nada de desplazamiento espacial. Mientras miraba la pared, ahora convertida en pantalla mural de vídeo, se dio cuenta de que había una empresa japonesa que no había fallado ni una sola vez y desde la primera prueba habían conseguido enviar algo a otro continente, no había más datos. Apuró el vaso y el dolor de cabeza se desplazó de la parte occipital a la sien derecha.

-Llamada. Simple. A Álvaro. Confirmación de seguridad 954-VV. Orden voz mía, Montescu.

La pared tardó un largo minuto en iluminarse con la cara de Álvaro.

-¿Qué hay, Christine? Acabo de llegar y...

-Siento interrumpir tu ducha y tu vida privada...

-Ah, no te preocupes, hace años que no tenemos, desde que comenzó el maldito proyecto, ya lo sabes... Además, yo te he llamado unas doscientas veces en los peores momentos... -respondió Álvaro sentándose en el sofá y ajustando los cierres del batín de ducha que llevaba-. Tú dirás.

-Verás, es que no sé cómo plantearlo... ¿sería posible que algo no estuviera funcionando bien del todo?

-¿Alguna pista más? -soltando una risita nerviosa, respondió mientras ponía cara de tonto, para indicarle a su interlocutora y amiga que estaba bromeando.

-Si es que no sé... A ver, toda esa gente haciendo pruebas con el tiempo, ¿no puede ser que haya..? No sé... ¿Deformado algo de... algo en el tiempo...?

-Sigo sin entender a dónde quieres llegar. Mira, yo pregunto y tú contestas... a ver si así me aclaro. -Álvaro se arrellanaba en el sofá, sabiendo que iba a ser una charla más larga de la prevista.

-Toda esa gente... ¿te refieres a todas las empresas en el mundo que participan en esta alocada carrera por conseguir antes la máquina del tiempo?



-Sí, claro... -salió de cuadro y la cámara virtual la siguió por su salón mientras se preparaba otra *ginbirra*- A eso...

-Y las pruebas... son los experimentos que han hecho hasta ahora... ¿verdad?

-Ajá... eso, sí...

-Eso se estudió hace décadas, la masa total del universo espacio-temporal se mantiene constante, luego no hay nada que incida en nada... Yo envío un trozo de... o tu copa, por ejemplo, a diez años atrás y la masa de la copa no existía hace diez años en ese mismo lugar, pero el gasto energético que yo hago en mi presente hace que se compense ese teórico desequilibrio, simple y sencillo...

-Pero esa copa allí... ¿no podría cambiar el curso de lo que sucede después? No sé... tropiezo con la copa, me corto, me desangro y me muero...

-Lo hemos hablado muchas veces, no pasa nada, el presente del pasado se reajusta solo, se reequilibra la ecuación temporal, al mínimo gasto temporal energético...

-Pero aún así, no podemos matar a Einstein o salvar a Gandhi...

-No y sí, no podemos porque no sabemos las líneas de tiempo hacia dónde nos llevarían... pero sí se podría hacer...

-¿Cómo calculáis los pequeños cambios... cómo los llamáis?

-Discretos, cambios discretos, es un término matemático y además nos permite el juego de palabras con la discreción con que hay que llevarlos a cabo...

-Pero... -Christine se quedó sin nada que decir, acercó la copa a la boca y dio un buen trago.

-Los cambios se calculan con la ecuación Hernalt-Coproli-Matoishi, de horizonte de eventos... ¿ya no te acuerdas?

-Sí, bueno, yo fui a los cursillos, pero ya sabes que sólo soy ingeniera y economista y... A ver, en el horizonte de eventos el tiempo es cero y desde ahí podemos calcular el grado de cambio de un evento simple, modificado en el instante de arranque del suceso, pero...

-Eso es, y el cálculo matricial aliado con el cuántico nos permite dibujar con más menos un cinco por ciento de error...

-Hay algo que estamos haciendo mal.

En ese instante Álvaro tensó la cara, tenía la misma sensación desde hacía años y ahora Christine, que no estaba versada en las complejidades del cálculo temporal le acababa de decir que algo no iba bien.

-Tú lo sabes, lo sientes, también, ¿verdad? -dijo entre dientes Christine que sin darse cuenta apretaba los dientes contra el borde de la copa.

-Tengo una sensación extraña con la formulación, como si no fuera la misma que hace diez o quince años... algo... inexplicable.

-Y la maniobra de hoy del gobierno... ¿no te parece que ellos saben algo que...?



-Conozco a esos aburridos que tienen de asesores, Luis Lavelle, Michele Boubier, Thomas Goodtree, todos saben lo mismo que nosotros, sólo que están bajo el ala del todopoderoso gobierno y le hacen la pelota a sus amos, pero eso es todo... Aburridos hasta el infinito, y lameculos de primera... pero no saben más que nosotros, te recuerdo que...

-Y si saben algo, ¿qué podría ser?

-Nada, ¿no lo ves? Vamos a usar la máquina para pequeñas cosas, no grandes chorradas de las *visipelículas* de acción de ese gandul, ése de los músculos... ¿cómo se llama?

-Tom Timetwist Tammer...

-¡Ese...! No vamos por ahí, nos ocuparemos, bajo la supervisión del gobierno, de cosas tipo, no sé... un vertido tóxico en los Balcanes, pues antes de que suceda se dan las condiciones precisas para que no suceda... con un detalle, con un pequeño cambio sutil ya sabes... lo del informe Rodríguez-Freintz...

-Ya... bueno, vale, pues... nada... déjalo... -para Christine, la duda seguía siendo su caballo de batalla pero había perdido en el camino las espuelas y la silla de montar.

-Venga, estamos todos muy tensos porque se acercan las primeras y definitivas pruebas y nos vamos a llevar el gato al agua, eso es lo que pasa... estamos muy nerviosos todos.

-Sí, eso debe ser. Bueno, adiós... y dale recuerdos a... a... Marta.

-Tómate un *Lesipán* y ya verás como mañana todo te parece mucho mejor. Cuídate.

La pantalla desapareció de la pared y Christine se quedó mirando el color blanco de ésta a través de su copa ambarina.

El gran día había llegado. Pero había algo extraño en el ambiente, y esta vez no eran sólo sensaciones indescriptibles, reuniones secretas, ni suposiciones nerviosas... Allí estaba todo el mundo, y eso era lo extraño. Así de simple y así de extraño. John se había imaginado -y así estaba recogido en los protocolos firmados hacía veinte años- el nombre de las personas que acudirían a la prueba definitiva, pero lo que allí sucedía era... demasiado absurdo. Cuando pidió explicaciones, esa misma mañana, el Ministro de Ciencia y Tecnología de la Unión Europea sonrió enseñando sus blancos dientes y le dio una palmada de colega en el hombro, ésa fue su respuesta.

Max no daba crédito a la gente que había allí reunida en la sala 15 de Annus Libitum en el sótano sexto, aquello parecía una reunión de accionistas o algo más extraño aún. No se hacía a la idea de cómo -y durante tanto tiempo- había primado el secretismo y ahora aquello parecía un carnaval o la fiesta de cumpleaños de algún rico empresario ucraniano.

Christine iba de un lado a otro, atendiendo a los representantes de la distinguida competencia, que también habían sido invitados; allí estaban los



directores generales, o en su defecto subdirectores, de casi todas las empresas que también competían por el preciado premio, algo que hasta a los mismos invitados les sorprendía, pero en ese mar de sonrisas y buenas maneras poco se podía preguntar.

Álvaro departía animadamente sobre las teorías en las que se había basado su modelo -el modelo europeo de Hans Krüger- con sus colegas del gobierno y los de otras empresa competidoras; Álvaro preguntó por tres veces qué cosas podía contar y qué cosas no, pero John le aseguró las tres veces que no había problema, que el Ministerio había dado luz verde a la transparencia informativa. Mientras le repetía este punto, John se encogía de hombros y miraba a los lados disimulando lo mejor que podía que él tampoco entendía nada. Había hasta dos altos representantes del Vaticano, sonriendo como si todo aquello no fuera con ellos; parecía que los años de satanización y demonización de los proyectos para la máquina del tiempo no habían hecho que perdiesen la compostura. Claro que hacía cinco años que su silencio había sido más que enigmático, casi perturbador.

La máquina se encontraba en el centro del gigantesco laboratorio, ahora repleto de gradas y decorado con banderolas de la empresa y de la Unión Europea. La máquina constaba de una sencilla cabina de un metro cúbico de volumen, de paredes hechas de algo parecido al cristal de cuarzo - un polímero especial a medio camino entre estructura metálica y cristalina-; de cada vértice del cubo salía una compleja varilla conectada a un cristal hecho de un material sólido pero oleoso a la vez, un material fluctuante de textura parecida al aguamarina pero viscosa; en cada cara del cubo de cuarzo había otras varillas de acero con tubos que comunicaban con algo que zumbaba en el piso inferior. Eso es lo que se apreciaba a primera vista, pero lo que parecía una máquina hecha con restos de otras máquinas era la obra de ingeniería más compleja acometida por el ser humano.

-Por favor, tomen asiento, -dijo el ayudante del Ministro de Ciencia y Tecnología. Las doscientas personas allí reunidas, remolonearon hasta los cómodos asientos de las gradas, entre un murmullo de idiomas diferentes y saludos cordiales.

Max estaba en la primera fila, al lado de Álvaro y de Johanes, el segundo Jefe de Calidad, un poco más allá se sentaron Christine y el grupo de técnicos. John estaba con el grupo de Seguridad del gobierno con los brazos cruzados y cara de no estar en su mejor momento.

-Buenas tardes, señoras y señores, todos ustedes han sido invitados o por razones obvias al haber formado parte de este proyecto, o por razones no tan obvias, como los delegados de compañías competidoras, los representantes de países asociados, el Vaticano, y otros grupos aquí reunidos. Pronto lo entenderán todo. Hace años Jean Sorvuaré tuvo un sueño matemático y ese sueño se ha hecho realidad. Les presento nuestro proyecto de transmisor temporal de materia -los aplausos llenaron el laboratorio. Cuando estos se volvieron palmadas esporádicas Luigi Stratini continuó



hablando-. Jean Sorvuaré nos dio las herramientas para poder construir este ingenio que nos permitirá hacer lo que debemos hacer, lo único que podemos hacer.

El Ministro hizo una pausa más larga de lo esperado, miró su discurso con cariño y tristeza, y continuó con seguridad renovada. Christine miró a Álvaro, que tenía el ceño fruncido, como si estuviera pensando algo muy profundo, muy complejo, algo para lo que necesitara su máxima concentración. John seguía con los brazos cruzados, impertérrito.

-La prueba de hoy -dijo mientras cogía con una mano una especie de mando a distancia conectado a un millar de cables de fibra óptica- debía ser el envío de una pequeña bandera europea al 12 de agosto de 2083, a las cinco y media de la tarde, y desplazarla en el espacio hasta la sala del congreso que entonces se reunía en sesión especial. Esta fue la idea original, hace tantos años, y así consta en los informes, pero... -se detuvo un instante, su mirada se volvió dura y acerada por una fracción de segundo-. Todos ustedes, o una gran mayoría, han notado dolores de cabeza intensos, recuerdos falsos -un gran murmullo recorrió la sala-, o aparentes recuerdos enterrados en lo más profundo de su memoria, algo indefinible, intangible... -el murmullo aumentó de volumen, la agitación llenó las gradas sin distinción de cargos, culturas, ni de idiomas-. Pues bien, hace quince años recibimos un informe del Vaticano, un informe secreto claro está, un informe personal del propio Jean Sorvuaré y otro de un científico anónimo, Vladimir Ylianov -buscando con la mirada entre las gradas localizó a una persona-, doctor, ¿es usted tan amable de levantarse?

Un anciano barbudo de gesto triste y acuosos ojos verde mar se levantó y saludó inclinando ligeramente la cabeza.

-Gracias, doctor. Señoras y señores, el 12 de agosto de 2083, a las cinco y media de la tarde, en La Haya no apareció ninguna bandera de la unión europea, es obvio que la vamos a enviar hoy ahora, dentro de unos minutos... Pero, en cualquier caso, ¿no debería ya haber aparecido allí...? Sé que piensan que aún no se ha enviado, pero, insisto, ya debería estar allí. El pequeño bucle verbal y temporal nos confunde; creo, creemos, que si no sucedió así es porque no llegamos a enviarla hoy...

-Dios mío, -dijo entre dientes Álvaro-, era eso... cómo no pude verlo... cómo es que...

-...Muchos de ustedes, científicos de reputada valía intelectual se estarán preguntando ahora por qué no cayeron antes en ciertos detalles técnicos, hay una explicación para ello, el doctor Ylianov vivía apartado en una zona remota del norte de Mongolia, no pudo recibir las olas de gravitones que se iban extendiendo a medida que se iban realizando pruebas a lo largo y ancho del planeta, pruebas de un nivel energético mínimo, por suerte... Digamos que él conservó parte de la memoria científica, social y personal, él no fue modificado por estas olas de gravitones, que como ustedes saben son las partículas de la gravedad, y éstas son las que entretejen el tapiz del



tiempo y del espacio. Desde que comenzaron las pruebas, hemos sufrido muchos cambios, tantos y tan grandes que ahora no podemos ni imaginar otro presente, porque esos cambios provenían del pasado. Tantos pasados modificados en tantas partes... Como todos ustedes verán, dentro del cubo no hay una bandera sino una pequeña caja negra, es tetrapiroxideno-4, un explosivo.

Nadie se movía de su asiento.

- Jean Sorvuaré nació un 4 de mayo de 2011 y sabemos lo que hará y dónde estará el seis de agosto de 2021. A la edad de diez años se quedó encerrado en un ascensor de las galerías Tournè en París, su valentía y su ingenio para poder respirar toda la noche fueron noticia en la prensa local. Hoy, debemos enviar desde aquí este explosivo para que Jean Sorvuaré muera.

Nadie se movió del asiento, nadie pronunció una palabra, el silencio era más que incómodo, casi inhumano. El Ministro dio un largo trago de agua y continuó.

-Su teoría no se publicará jamás y nunca habrá ninguna máquina del tiempo, y si por azar alguien vuelve a desarrollar unas teorías similares o equivalentes, creemos que volverá a suceder lo mismo, pensamos que sucederá antes o después lo mismo que ahora y en el futuro debe haber sucedido lo mismo, o no... jamás lo sabremos, lo que sí sabemos es que a nadie conviene una máquina del tiempo, debemos olvidar y debemos recordar, dejando de tener recuerdos fantasmas y dolores de cabeza y debemos volver a tener un *continuum* de tiempo humano, con sus desgracias y sus aciertos, con sus guerras y sus miserias, un tiempo humano para humanos. Además, piensen en los cambios solapados de intereses contrapuestos, no habría manera de organizarlos, y el tejido del espacio y del tiempo es algo que necesitamos estable. Por lo visto nuestras neuronas hacen muchas más funciones que las aparentes, parecen tener algún tipo de conexión con el tejido mismo de la realidad o la recreación de la misma. Gracias a todos por su asistencia hoy aquí y espero que nos volvamos a ver en otro contexto, y aunque no nos recordemos, piensen que tienen el mejor futuro posible en sus manos.

Sin dudar ni un segundo, el Ministro cogió el mando y pasó el dedo pulgar por el sensor de cristal preparado para reconocer sólo sus biodatos. El zumbido del sótano aumentó y una llamarada de fría luz azulada barrió el cubo de cuarzo. Y después...

“Necesitamos viajar al espacio y así tender hacia otro futuro”. Con esta frase abrió su discurso Christine Lans, la jefa del Departamento de Tecnología y Desarrollo, en su presentación a los socios inversores de la ESA; la Agencia Europea Espacial. La terraformación de Marte era su objetivo primordial, y



tras su charla de cerca de cuarenta minutos todo el mundo estaba de acuerdo en participar en dicho proyecto.

A la salida, se fue a su despacho, y se encerró a cal y canto en la montaña de papeles, esa noche tenía más papeleo del que le hubiera gustado ver encima de su mesa. Antes de firmar un informe, se quitó las gafas, volvió a mirar el reloj y la montaña de papeles, quién había sido el que había dicho que con la informática no habría papeleo, la gente del siglo anterior, menudos estúpidos. Un rojo bip en su teléfono le indicaba que su secretaria le iba a pasar una llamada.

-Anna, no estoy para nadie... ¿quién es?

-Su marido, dice que no es urgente...

Mientras decidía si contestaba o no... una palabra se le vino a la mente, una palabra errante, un concepto, y la palabra sin significado aparente se había anclado en su cabeza y no quería salir, entre dientes la dijo en voz alta como intentando encontrarle algún sentido: cero-punto-uno.

Autor: Antonio Moreno Álvarez; Sevilla, España.

Relato Finalista del Premio Andrómeda 2005.

Tema: La corriente temporal y la modificación de acontecimientos históricos.

Hyperespacio Andrómeda. www.libroandromeda.com

El autor ha cedido a Libro Andrómeda el derecho de publicación de la obra "Cero-punto-uno" en nuestra web con la siguiente condición, de acuerdo con las opciones de protección de los derechos de propiedad intelectual existentes para la difusión en Internet:

Reconocimiento - Sin obra derivada - No comercial: El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial. No se pueden realizar obras derivadas.

